

IGLESIA VIVA
Nº238, abril-junio 2009
pp. 69-77
© Asociación Iglesia Viva
ISSN. 0210-1114

CONVERSA
CIONES
CON...

Régis Debray Frédéric Lenoir

*Diálogo sobre Jesús, la iglesia
y el humanismo*

Régis Debray (1940) es filósofo, con larga trayectoria en política de de izquierdas, inspirador recientemente del *Instituto Europeo de Ciencias de la Religión*. **Frédéric Lenoir** (1962) es filósofo y sociólogo de la religión, director de la revista *Le Monde des Religions* y autor del reciente libro *Le Christ philosophe* (2007). Precisamente el comentario de Régis Debray a dicho libro en la misma revista del autor y la contestación de éste en el mismo número, iniciaron un diálogo entre los dos que se continuó el 19 de marzo de 2008 en un debate público organizado por la misma revista en el Auditorium *Le Monde* de París. Todas estas intervenciones son las que recoge hoy IGLESIA VIVA en forma de conversación entre estos dos intelectuales laicos sobre Jesús y el futuro del cristianismo.

Debray: Así que, querido Frédéric Lenoir, el cristianismo, emancipado de dogmas y de toda institución, volvería a ser en nuestros días lo que habría sido en su origen: pura espiritualidad. Algo completamente idéntico a sí mismo, sin compromiso político, sin sede social, completamente interior. Una filosofía más bien que una religión. Cristo liberó al individuo y la modernidad es por tanto el cumplimiento del cristianismo, la religión de la salida de la religión. Esa sería –no sé si caricaturizando demasiado– la tesis de su apasionante *Cristo filósofo*. Concuerda con una opinión extendida, teorizada por Marcel Gauchet.

Una objeción. Dejemos de lado el flaco favor que la cristiandad hizo a Jesús, sobre lo cual estoy de acuerdo con Usted. El que reservó la institución burguesa al liberalismo de Adam Smith y los Estados Partidos al comunismo de Karl Marx no fue mejor. Toda transmisión en el tiempo es una subversión, y por lo tanto una tragedia. El médium institucional pone el mensaje-sentido patas arriba; es una constante, pero sin médium no hay mensaje. ¿Qué sabríamos hoy de Jesús sin la Iglesia que a posteriori lo ha convertido en Cristo y que a través de dos mil años ha transmitido el depósito de la fe? Lo han transmitido a costa de reificarlo, sí, pero ¿cómo podrían haberlo hecho si no? Pues no fue Jesús quien redactó los Evangelios, ni habló de Encarnación, de Santa Trinidad, de Cuerpo glorioso, de Gracia suficiente. Ha hecho falta echar mano de los clérigos para definir, transmitir, enseñar, organizar...

Pero volvamos a lo esencial, querido deísta: ¿acaso no hay, en el asunto que le ocupa, un desagradable efecto perverso de este repliegue de una religión revelada en filosofía, aunque sea personalista? Una filosofía puede agitar algunos cerebros, pero no estructura ni el espacio ni el tiempo, ignora los ritos y no promulga imperativos. Una sociedad, porque no es una yuxtaposición de personas, por lo mismo que una casa no es una suma de ladrillos, necesita una instancia instituyente, una arquitectura que asegure su cohesión. Lo sagrado social tiene horror al vacío. Por eso un abandono de religión es siempre sancionado por la llegada de otra, revelada o civil, universal o patriótica. Hasta tal punto es cierto que no se destruye más que lo que se reemplaza.

Nuestra sociedad hiperindividualista ha encontrado una religión civil que Ruskin, buen profeta, llamó "mamonismo". El dinero, que ha perdido la decencia que le imponía el catolicismo, ¿no tiene ahora la desvergüenza de un gran arquitecto del universo? Nuestro nuevo cohesionador, ¿no es a la vez dios lar e ídolo oficial, valor de los valores, objeto adorable y execrable, que provoca tanto el pánico como el entusiasmo, según la eterna ambivalencia de lo sagrado? Los Financieros como Clero, el Provecho como Gracia, el Crecimiento como Salvación, el Interés privado como Ley suprema y el Altermundismo como Herejía: así se modula el fundamentalismo económico, sin duda más protestante que católico. ¿En el foro interno, la sabiduría del Amor y de la no-violencia, y, en el espacio público, el Becerro

de oro, con los concilios de Davos, las admoniciones del último premio Nobel de economía y los mandamientos del coadjutor Attali? ¿Una moral sin sociedad por un lado, una sociedad sin moral por otro? Esta división del trabajo espiritual constituye un nuevo Orden moral, en el que hartarse a la vez de ética y de beneficios. Poner hasta ese punto el acento en la persona privada, en detrimento de las personalidades colectivas, ¿no es replegarse en el individuo, mientras se abandona lo colectivo a sus demonios?

Simple cuestión, para futuros debates.

[“¿Después de Cristo, Mammon?”, en *Le Monde des Religions*, Marzo-abril 2008, p.21]

Lenoir: Querido Régis Debray:

En su comentario me interpela usted de un modo muy estimulante. Aunque caricaturiza un poco mi tesis sobre el cristianismo, admito perfectamente que existe entre nosotros un punto de vista diferente. Usted subraya su carácter colectivo y político, mientras que yo insisto en el carácter personal y espiritual del mensaje de su fundador. Comprendo muy bien que usted se interroge sobre el fundamento de la cohesión social. En sus escritos políticos, ha mostrado de manera convincente que ésta descansa siempre, de un modo o de otro, sobre un “invisible”, es decir, una cierta forma de trascendencia. El Dios de los cristianos ha sido esta trascendencia en Europa hasta el siglo XVIII; le han sucedido la razón deificada y el progreso, después el culto a la patria y a las grandes ideologías políticas del siglo XX. Tras el fracaso, a veces trágico, de todas las religiones seculares, me preocupa como a usted el lugar que ocupa el dinero como nueva forma de religión en nuestras sociedades individualistas. Pero ¿qué hacer?

¿Hay que tener nostalgia de la cristiandad, es decir, de una sociedad regida por la religión cristiana, como existen hoy sociedades regidas por la religión musulmana? ¿Nostalgia de una sociedad en cuyo altar se sacrificaban la libertad individual y el derecho a la diferencia? De lo que estoy convencido es de que esta sociedad que llevaba el nombre de “cristiana” y que desde otro punto de vista ha construido grandes cosas, no era verdaderamente fiel al mensaje de Jesús, que defendía por una parte la separación de lo político y de lo religioso, y, por otra, insistía en la libertad individual y en la dignidad de la persona humana. No digo que Cristo haya querido suprimir toda religión, con sus ritos y sus dogmas, como cimiento de una sociedad, pero he querido mostrar que lo esencial de su mensaje tiende a emancipar al individuo del grupo, insistiendo en su libertad personal, su verdad interior y su absoluta dignidad. La prueba es que nuestros valores modernos más sagrados –los de los Derechos del Hombre– hunden sus raíces en gran medida en este mensaje.

Cristo, como antes que él Buda, y a diferencia de otros fundadores de religiones, no se preocupa en primer lugar de lo político. Propone una revo-

lución de la conciencia individual capaz de conducir, a largo plazo, a un cambio de la conciencia colectiva. Las sociedades acabarán también evolucionando porque los individuos serán más justos, más conscientes, más auténticos, más afectuosos. Jesús no pide una revolución política, sino una conversión personal. Él opone a una lógica religiosa fundada en la obediencia a la tradición, una lógica de responsabilidad individual.

Concuerdo con usted en que este mensaje es bastante utópico y que vivimos actualmente en un cierto caos en que las lógicas anteriores fundadas en la obediencia a las leyes sagradas del grupo no funcionan ya, y en el que pocos individuos se comprometen en una verdadera iniciativa de amor y de responsabilidad. Pero, ¿quién sabe lo que ocurrirá dentro de unos siglos? Añadiría que esta revolución de la conciencia individual no se opone en absoluto a creencias religiosas o políticas compartidas por la mayoría, ni a una institucionalización del mensaje, cuyo carácter inevitable recuerda usted con mucha razón. Podrá sin embargo marcarles un límite: el del respeto de la dignidad de la persona humana. En mi opinión, en esto consiste toda la enseñanza de Cristo que no anula para nada la religión, sino que la enmarca en tres principios intangibles: amor, libertad, laicidad. Y creo que esto es una forma de sacralidad que puede hoy reconciliar a creyentes e increyentes.

“¿Después del Cristianismo, el Evangelio?”,
en *Le Monde des Religions*, Marzo-abril 2008.

Lenoir: Estoy completamente de acuerdo con lo que decía Régis Debray en su comentario inicial: sin la institución no estaríamos aquí para debatir sobre el cristianismo. Pero esta institución, como toda institución, ha desnaturalizado un mensaje que es en algunos aspectos revolucionario y subversivo para toda religión, cualquiera que sea. Seamos claros también en otro punto. A mi juicio la ética enseñada por Jesús no es una filosofía en el sentido occidental del término: no está fundada en primer lugar en la razón, sino en Dios. No deja de ser por eso, en ciertos aspectos, muy racional y ha podido desempeñar un papel determinante en la historia del pensamiento occidental, al permitir emerger nociones como la igual dignidad de los seres humanos (que inspirará el artículo 1 de la Declaración Universal de los Derechos del Hombre), la libertad de elección del individuo (que dará lugar a la libertad de conciencia), la justicia social, el compartir, la no-violencia, la separación de los poderes espirituales y temporales. Aunque explícitas en los Evangelios, estas nociones serán puestas en entredicho en ciertos momentos de la historia por la Iglesia-institución en función de sus intereses: refutación del principio de separación de lo político y de lo religioso, práctica de la Inquisición, etcétera.

A partir del Renacimiento, el mensaje ético de los Evangelios vuelve con fuerza cuando filósofos, como Pico de la Mirándola, Montaigne o Erasmo, se apoyan en “la filosofía de Cristo” para promulgar los grandes principios éticos modernos: la libertad, la igualdad, la fraternidad, la tolerancia.

En un segundo tiempo, los pensadores de la Ilustración separan estos principios de su fuente religiosa, para mostrar que se apoyan en la razón humana, por consiguiente universal, e insisten en la necesidad de un Estado laico garante de la correcta aplicación de estos principios. En este sentido, el mensaje de Jesús ha jugado un papel importante –aunque no es el único– en la fundación del humanismo moderno. Seguimos así, creyentes e increyentes, viviendo de estos valores que fundan nuestro pacto civil occidental y que provienen en gran parte del mensaje evangélico, incluso si éste ha sido a menudo contradicho por los actos de los cristianos y por la iglesia-institución.

Debray: No estoy aquí para defender al Sagrado Colegio, le reconozco méritos a esta paradoja provocadora del Cristo filósofo, pero todos sabemos que los hombres inventan un origen para concederse un destino. Es cierto que el Evangelio se ha transmitido en griego, religión y lengua de la filosofía; que Galilea albergaba a estoicos y a cínicos, aunque fueron Constantino y luego Teodosio quienes liquidaron la filosofía en su forma tradicional, en beneficio de una palabra que indica el camino, la verdad y la vida, de una verdad recibida que produce dogmas y misterio. A través de los Evangelios, unos hombres expresaron su fe, la de la Torah.

No obstante, el cristianismo es una pirámide de instancias de autoridad que se ha construido en el tiempo. La primera es la instancia profética y sinagoga: el arraigo judío y el legado mesiánico (Cristo es un mesías). La segunda es el momento filosófico de elaboración intelectual, a partir de una revelación: Dios como sujeto enunciador de la verdad benefactora. Y la tercera, que usted ha dejado de lado, es la instancia institucional: el momento en que una secta judía transformada en escuela de filosofía se ha otorgado la dimensión romana de la institución, se ha constituido en civilidad política. Todo esto contribuyó a formar la cristiandad.

Su idea, sugerente a mi modo de ver pero incompleta, no ha nacido por casualidad: cada época se hace un Jesús a su imagen. Nosotros somos individualistas, poco propensos al milagro, al Juicio final, al infierno. Nos inclinamos a inventar un cristianismo “débil”, como se suele designar al “pensamiento débil”, es decir, reducido a beneficios o a buenos sentimientos. Usted tiene una visión protestante –y por qué no después de todo– con ese recentramiento en el sujeto, con ese eludir la romanidad, con esa llamada al Evangelio contra el papado, al mensaje supuestamente original contra el médium, es decir, la institución.

Nuestro momento de individualismo exacerbado se expresa en esa visión de un Cristo filósofo, a la carta, por así decirlo. La figura de Jesús es elástica. En Estados Unidos, Cristo es un *self-made-man* que no promete sino felicidad y cuyo Evangelio es el de la riqueza y el éxito personal. Hemos conocido a un Cristo partisano del *apartheid* en África del Sur, he conocido en América Latina a un Cristo guerrillero, que hacía apología de la lucha

armada. El Cristo de los Derechos del Hombre responde a la ideología de la época. Su Jesús, Lenoir, no es el Jesús de la historia, de la historia de Jesús, sino de nuestra historia y de nuestra geografía. Después de todo ¿por qué no?

Lenoir: Hablo del mensaje ético de los Evangelios y ése es el límite voluntario de mi tema. También los Evangelios hablan de milagros o de misterios de fe, como la Resurrección. La tradición los ha enriquecido con elementos nuevos, como el dogma trinitario o los siete sacramentos. Pero no se trata de esto ahora. Me siento cerca, efectivamente, de los protestantes al insistir en la deriva de la institución, que ha acabado olvidando que un precepto fundamental de Jesús es la relación con Dios por la fe personal. Lutero quiso que cada creyente leyera la Biblia para librarse de la interpretación única clerical.

En cambio, soy más católico que luterano en la cuestión de la libertad, que constituye el límite del humanismo de la Reforma. Ésta quiso liberar al individuo de la tutela institucional, pero Lutero, que confiaba poco en el ser humano, minimizó el lugar de la libertad en la salvación y consideró que sólo la gracia podía salvar, independientemente de la cooperación del hombre. Sin embargo, en los Evangelios, Cristo revaloriza la libertad y llama a cada uno a la conversión.

Usted señala que Jesús se adapta a todas las épocas y estoy de acuerdo. Soy un moderno que lee los Evangelios con los ojos de un moderno. Reivindico el derecho a realizar esta lectura humanista, pero reconozco que pueden existir otras interpretaciones más centradas en el misterio y en la religión.

Debray: El filósofo analiza, pero la religión polariza. Una filosofía es una visión del mundo, una religión es un mundo, un calendario, una dietética, una reciprocidad, un modo de ocupar el espacio, de ritmar el tiempo. Dicho de otra manera, es la constitución de una sociedad, de una identidad política, de una pertenencia. Con la filosofía no se constituye una pertenencia. El creyente se dirige a Dios en tanto que miembro de una comunidad: no dice "yo", sino "nosotros". Me preocupa ver que la dimensión de integración del "yo" en el "nosotros" está ausente en su visión. Sin embargo, no hay "nosotros" sin aparato simbólico: yo puedo querer que Cristo se convierta en filósofo, es lo que nos conviene, pero ¿quién se ocupará de lo simbólico colectivo? ¿Quién del entramado de valores, de reglas y ritos que constituyen una sociedad? No hay un "nosotros" sin un punto de escape, un punto de apoyo, una trascendencia no forzosamente sobrenatural, una mayúscula que permita clausurar una identidad que se pone límites, permite la coagulación de un "nosotros" y permite a ese "nosotros" atravesar el tiempo.

Las filosofías no están dotadas para durar eternamente. Se las estudia en clase, pero no han producido herederos ni cotidianidad, a lo sumo modas intelectuales sin anclaje en un inconsciente colectivo que enseguida se evaporan. Si Cristo no es más que un filósofo, ¿quién va a ocuparse entonces de darnos una religión o de dar un sentido al "nosotros"? Se construyó una religión republicana con los instrumentos de un culto, con tutores y desfiles en calidad de sacerdotes y de procesiones, con un arco de triunfo como lugar sagrado. Era una religión, ya no la tenemos. Pero no se destruye más que lo que se reemplaza. Si no se reemplaza, ¿qué se puede destruir?

Lenoir: Estamos de acuerdo y no he dicho nunca que Cristo no fuera más que un filósofo. En el mensaje de Jesús hay a la vez grandes principios éticos universales y una dimensión religiosa muy importante, la del judaísmo, puesto que Jesús nació judío, murió judío y la tradición que instauró en el gesto de la Cena tiene sus raíces en la religión judía. Lo que aportó como radicalmente nuevo fue, por una parte, el singular puesto que se otorga a sí mismo como mediador entre Dios y los hombres, y por otra parte, su voluntad de relativizar la religión. Es precisamente este último punto lo que se ha pervertido a lo largo de la historia del cristianismo. Jesús no es un reformador del judaísmo sino de la religión, de toda religión que pueda llevar a confundir el fin y los medios. Él no pone en entredicho los discursos ni las prácticas, pero muestra que son medios al servicio de un fin: el amor de Dios y del prójimo, que es lo que está en el centro de su mensaje. Para él, toda práctica que no va en ese sentido pierde toda legitimidad. Se rebela contra el formalismo de la Ley, denuncia los abusos clericales, considera que, sin libertad, no hay amor posible ni alianza entre el hombre y Dios. Al mismo tiempo, individualiza el mensaje judío, sale de la noción de pueblo elegido.

En su diálogo con la samaritana, una mujer, una extranjera, una pecadora, responde a una pregunta muy moderna: ¿dónde hay que adorar a Dios? ¿En Jerusalén o en la montaña de Samaria? Es decir, ¿dónde está la religión verdadera? Su respuesta es clara: "En ningún sitio". Ya que es en espíritu y en verdad como hay que adorarlo. Ésta es mi lectura de los Evangelios, la que permite comprender por qué, según Dietrich Bonhoeffer, pensador protestante asesinado por los nazis, Jesús es "el Señor de los irreligiosos".

Debray: Le sigo, pero usted elude lo trágico, la crucifixión, el infierno y el sufrimiento. Tiene una visión feliz, eudemonista, orientada hacia lo bueno y el bien. Usted "positiviza" esta religión y se le agradecerá esta visión. Me extraña que sea conforme a la historia, pero poco importa el Jesús de la historia, apenas se conoce algo de él. No estoy de acuerdo, en cuanto mediólogo, con la idea de que existe en el punto de partida un mensaje, un origen desnaturalizado por la tradición. ¿Jesús dijo? No se sabe lo que dijo Jesús. Usted parte de los Evangelios canónicos, seleccionados por la Iglesia

entre unos cincuenta evangelios posibles. El depósito de fe al que usted se refiere, es el producto de una elaboración eclesiástica. Quiero decir con eso que no ha sido Cristo quien ha elaborado el cristianismo, es el cristianismo el que ha producido a Cristo. No se puede hablar de un origen desnaturalizado, ya que este origen se ha construido en el tiempo.

Lo que ha habido es tragedia en la transmisión: toda transmisión es una subversión, una producción y generalmente una inversión, es decir, que se toma el medio por el mensaje y se olvida su función que consiste en transmitir. Volvemos a encontrar esta inversión en todas las construcciones ideológicas, incluidas las seculares, de ahí proviene el desfase entre conductas y dichos que hace bien en denunciar. Efectivamente, con eso que a partir del siglo II se llamará cristianismo, la fe sustituye a la ley, es decir, se pide al individuo que se adhiera libremente a la llamada de Dios. Pero la universalidad del mensaje se estrecha enseguida al distinguir entre "nosotros" y "ellos", los clérigos y los que no lo son; después "nosotros" y "ellos", los cristianos y los infieles. Y dado que somos imagen de Dios que juzga a los malos, los mandamos al infierno antes incluso de que Dios se encargue de ello. Esto es constitutivo de toda pertenencia, de toda identidad, excepto en el seno de una élite espiritual, humanista, humanitaria. Pero, insisto, las instituciones sociales, humanas e históricas se asientan rivalizando entre sí, lo que produce antagonismos, un divorcio por cada ruptura. El luterano es antipapista, el budista es antibramán. La dialéctica entre el "nosotros" y el "ellos" implica un contrario. Sin embargo, el problema de una filosofía consiste en que no tiene enemigos, ni geografía.

Falta también por saber lo que significa amar al prójimo. ¿Quién es el prójimo? Es un problema filológico pero también histórico. A todos nos gustaría unirnos al Jesús ideal que usted presenta, es efectivamente el nuestro hoy, pero ¿es todavía una fuerza, una dinámica? ¿Consigue todavía que alguien se sienta orgulloso de ser uno mismo?

No lo sé, lo pongo en duda. Ese Jesús tan bien presentado por usted me conmueve, me dan ganas de ser como él. Es irresistible cuando se habla de amor. Sin embargo, históricamente, allí donde hay amor, hay también odio. Cuando unos tienen la suerte de ser incluidos, otros tienen la desgracia de ser excluidos. Toda elección divina esconde una exclusión. ¿Y si el Jesús que usted inventa se hubiera equivocado?

La historia del cristianismo era quizá la verdad de Jesús. Lo que usted ha excluido de su Jesús filósofo universal ha vuelto, y la Verdad ha devenido. Es cierto que hay un pensamiento propio de Jesús y que se puede pensar en Jesús, pero ¿qué hacer con la creencia, con los sacramentos, con el pecado, con los clérigos? No menciona nada de esto. En mi opinión, sobre este apartado usted es demasiado filósofo.

Lenoir: No digo que Jesús quisiera suprimir la creencia, el ritual, lo simbólico, sino que quiso enmarcarlos en un sentido superior, el de la revelación de un Dios amor. En nombre de esta revelación, la actitud propia del creyente consiste en amar a su prójimo, incluso a su enemigo. Éste es el mensaje cristiano. No suprime nada en la religión, sino que le da un sentido que ha sido traicionado en gran parte por la historia. Es evidente que el cristianismo ha hecho a Cristo, que la Iglesia ha permitido elaborar el pensamiento que nos lleva a esta discusión. Ella ha representado fielmente su papel de transmisora, incluso ha seguido anunciando un mensaje que se contradice a veces de modo flagrante con sus prácticas.

En cuanto a los enemigos de Jesús, no son ni los samaritanos ni los paganos, sino los clérigos. De ahí el anticlericalismo fundamental del pensamiento evangélico que tiende a abolir las barreras entre las religiones y las etnias. Jesús tiende hacia lo alto, hacia la universalidad. Conocemos este mensaje porque ha sido escrito por discípulos y transmitido por la Iglesia, pero se ha hecho inaudible a fuerza de contradecirle. Al afirmar “fuera de la Iglesia no hay salvación” se está en contradicción con el mensaje de los Evangelios, a la vez que se sigue dándole a leer y a meditar.

Hace usted una pregunta pertinente: “¿Y si Jesús se hubiera equivocado?”. Es la pregunta que aparece en la *Leyenda del Gran Inquisidor* de Dostoievski. Un encuentro imaginado por el autor de *Los hermanos Karamazov* entre el Gran Inquisidor y Jesús que vuelve a la Tierra en el siglo XVI. Los hombres le reconocen, se emocionan. El Inquisidor le detiene, pero todo el mundo se calla por miedo. El Inquisidor le pregunta: ¿por qué has venido a molestarnos? ¡Con el tiempo que nos ha llevado corregir tu obra! Te equivocaste. Confiaste en el hombre porque eres un optimista, pero el hombre tiene miedo de esta libertad que le ofreciste y la ha depositado en nuestras manos. Nosotros, los clérigos, le decimos qué debe hacer, en qué debe creer, y así le va mucho mejor.

El Inquisidor quizá tiene razón. Personalmente, me emociona este Jesús utopista de los Evangelios, que habla de libertad y no de seguridad, de amor y no de certezas.

[Del Debate público mantenido en París el 19 de marzo de 2008, *Le Monde des Religions*, mayo-junio 2008, pp.74-78.]

